

Los raros

Cómo exorcizar el miedo

Rosa Beltrán

Lo primero que llama mi atención es que hay jóvenes, muchos jóvenes. Posan por turnos debajo de la araña gigantesca frente a Bellas Artes. Se apoyan en una de las patas o miran hacia arriba, al vientre que deja ver unos globos blancos a manera de huevecillos que penden sobre sus cabezas. Son las futuras crías que eventualmente correrán hacia todas partes o devorarán a su madre, su primer alimento después de nacidas. Hay arañas que a fin de salvar la vida, ponen los huevos sobre una víctima, para que las crías la confundan. Se sabe de otras que se comen al macho después del

coito. Un festín que ocurre entre un mascar silencioso y los elegantes pasos de la araña. Algo de esto deben de saber los jóvenes; veo fascinación y horror al posar para la foto. No obstante, lo que hacía Louise Bourgeois con las arañas era buscar a su madre. También se buscaba a sí misma, porque necesitaba sentir que había sido una buena madre y una buena esposa. Que había tejido una tela donde sus hijos encontraron albergue y se sintieron seguros.

Ella, en cambio, no se sintió segura en su casa, nunca. Su padre no era un “tonto borrachín” ni un irresponsable. Si hubiera

fracasado en la vida o causado un escándalo por su comportamiento, la familia habría podido odiarlo, abiertamente. O haber sentido pena por él. Esto, como hija, es mejor que el odio. En cambio, el padre se hizo amante de la institutriz y profesora de inglés de sus hijos (que vivía en su casa) al tiempo que predicaba “honradez” durante las comidas familiares. “Lo que me asustaba era que durante la cena mi padre no paraba de alardear, dándose aires, y a medida que su figura se agigantaba, nosotros nos sentíamos más pequeños. Pero de pronto, se producía un clima de terrible tensión, y entonces lo agarrábamos —mi hermano, mi hermana, mi madre— y lo poníamos sobre la mesa, le arrancábamos las piernas y los brazos, lo descuartizábamos. ¿Me explico? Lo golpeábamos hasta reducirlo completamente y luego lo devorábamos. Asunto terminado. Era una fantasía, pero a veces vivimos nuestras fantasías”, dice Louise Bourgeois, al explicar el sentido de *The Destruction of the Father*.

No conozco una artista plástica que trabaje tan claramente con sus emociones, transfiriéndonos el abandono, el horror, el miedo de la infancia. Para “encarnar” mejor el recuerdo, Louise incorpora telas que usó durante su vida (ropa, sábanas, colchas, cortinas, toallas), trozos de objetos que en algún momento estuvieron en contacto con su cuerpo. Por ejemplo: dispone un vestido, lencería y blusas delgadas en ganchos y los cuelga en una suerte de portaprendas redondo. Sólo que los “ganchos” son huesos humanos. Fémures con parte del cartílago, amarillentos, que hablan del paso del tiempo en su cuerpo, no sólo en su ropa. ¿Qué logra producirme el hecho de saber que es su ropa, la que la artista usó en vida, la que está expuesta? En primer lugar, le



Louise Bourgeois

otorga una especie de “verdad” al objeto. Como si al estar impregnada de su sudor, sus días, de aquello que ocurrió mientras la usaba condensara su sexualidad, contuviera su feminidad y su identidad. Como si ese hecho le quitara lo industrial; algo de lo aséptico que siempre tiene una exposición en un museo. Su ropa es también la clave hacia sus memorias, porque le permite rescatar las emociones del pasado.

“El rojo es sangre, dolor, violencia, peligro, venganza, celos, resentimiento, culpa. Son sentimientos cotidianos”. La segunda frase resignifica a la primera, pues si es cierto que sentimos todo eso, no lo hacemos en un solo día, cada día, no podríamos. Ella, en cambio, sí. Y nos lo muestra. “Mi obra perturba a la gente y nadie quiere ser perturbado”. Por eso, Louise sabe que dar forma a las pasiones oscuras tiene su costo: “Tengo un gran complejo de culpabilidad a la hora de promover mi obra”, dice, “tanto, que cada vez que he estado a punto de abrir una muestra me daba algún tipo de ataque”.

Esta artista conceptual francesa, nacida en 1911 y nacionalizada estadounidense en 1955, abandonó la carrera de matemáticas al morir su madre para dedicarse a la plástica, empezó a trabajar en tela cuando ya tenía 80 años y murió en 2010. Exponía con enorme sentimiento de culpa. Y con una inmensa necesidad de ser castigada o de expiar. “Porque”, dice Louise, “algunos niños aceptan la culpa como propia y quieren pagar por ella”. Solo que no pueden, en todo caso, ella no pudo; fue una buena hija, se empleó a los 12 años en el taller de tapices de sus padres a petición de ambos y vivió con culpa por la indefensión de su madre, quien murió a edad temprana.

“Los padres adoran y arruinan la vida de sus hijos”, dice Freud. “La naturaleza de su amor es tan autoritaria que desean ser idolatrados por ellos”. *The Dagger Child* “es el niño que está en condiciones para lastimarte. Tiene el poder de lastimar a la madre. El cuchillo es un pequeño juguete”. ¿Qué habría pasado de no haber leído los textos que acompañan la exposición?, me pregunté. ¿Y qué pasaría si ahora veo las piezas sin acudir a ellos?

Durante el resto de mi visita a la exposición, me propuse no sentir. “Simplemen-



te pasea y observa”, me dije. Vi dos cabezas de tela hechas de retazos, mirándose frente a frente, mostrando las costuras como cicatrices que inevitablemente se provoca la pareja. Vi una enorme jaula con una sillamecedora dentro, como evocando el confort del hogar. Alrededor de la jaula había retazos de tapices, como si los fragmentos de las telas, sin posibilidad de unirse en una prenda completa, hablaran de la necesidad psíquica de reparación. Vi una silla debajo de otra araña, como la silla del analista o confesionario y vi también un colador de plástico cosido al mango, a modo de bol-

sa-útero, con un pequeño ser dentro, indefenso y solo.

Muy bien, pensé al salir. Louise Bourgeois dijo que había expuesto su arte como una disculpa. Por ir directamente a las emociones que duelen, por haber miedos terribles que no pudo enfrentar y que por lo tanto tiene que recordarnos, por devolvernos a ese estado en que no podemos no sentir la punzada del miedo frente a ese otro al que amamos y no podemos no ver el hogar como una prisión.

Tiene razón al pedir perdón, me dije. Aunque su disculpa no nos salva. **U**